



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

P22297
- 716725
L4



H. E. Manóute.

LA LEYENDA DE COVADONGA.



En el año del Señor, que en los fastos de la historia señalaba 672, con verdadero asombro se supo la noticia de que un virtuoso rechazaba la corona de un gran reino: ese reino era el de los Godos, y aquel virtuoso se llamaba Wamba. Al ser elevado al trono por la elección, descendieron los legítimos herederos, que eran los hijos de Chindasvinto, de los que sólo reinó Recesvinto, que fué el mayorazgo á quien sucedió Wamba, en perjuicio de los príncipes Don Favila, duque de Aquitania, y Teodefredo, duque de Córdoba.

El tiempo probó lo atinado de la elección, pues además de ser un buen guerrero, era justo y acertado, á la vez que clemente y enérgico; supo dominar la conjuración de la Galia Gótica con sólo castigar á su jefe Paulo con cortarle la cabellera, cosa que se tenía á mucha deshonra. Alcanzó señalada victoria contra los sarracenos, que querían dominar el Mediterráneo asolando las riberas de España; fortificó á Toledo embelleciéndola con buenas construcciones y la ilustró con los concilios.

La extrema confianza de Wamba dió lugar á Ervigio, su sucesor, á despojarlo de la corona, porque habiendo adolecido de una enfermedad que lo puso fuera de sentido por haberlo hecho tomar un brevaie por conducto de Ervigio, lo hizo abdicar en favor suyo, y mandándole arreglar el pelo y la barba, le abrieron tonsura y le mandó poner hábito.

Al volver en sí Wamba protestó del abuso, pero no se rehizo, y encerrándose en el convento de Pampliega murió con toda santidad.

Al quedar Ervigio en posesión del trono que tanto ambicionara, gobernó con prudencia y se dedicó á celebrar varios concilios, con lo cual dió cima á todos sus caprichos, y empleó su poder para que recayera la corona en su yerno, lo cual se efectuó según su gusto: porque habiendo casado á su hija Cixilona con Egica, pariente de Wamba, á su parecer, creyó puesto el remedio á sus remordimientos, y olvidado por completo del religioso de Pampliega, falleció en 687, después de siete años de reinado.

Nueve días después de la muerte de Ervigio recibió Egica la sagrada unción, según las reglas, en el Templo de San Pedro y San Pablo: los grandes lo recibieron como á su Señor natural, y se vió en plena adquisición de la herencia de Wamba.

Egica, como lo llevamos dicho, era deudo de Wamba, y hasta el momento de verse dueño de tanta grandeza, había disimulado con maestría que en su alma vengativa perduraba el agravio de que Wamba fué víctima.

Las prevenciones de Ervigio para el amparo de Cixilona, su hija y esposa de Egica, fueron muchas, por lo cual se infiere que sospechaba las crueles represalias de que la infeliz fué la víctima inocente. Por desgracia no fallaron sus presentimientos, porque Egica, á continuación de verse en el poder, desencadenó su odio repudiando á Cixilona y castigando á todos los magnates cómplices en la abdicación de Wamba, y quedando separado de su esposa, aun cuando de este matrimonio tenía un hijo llamado Witiza. Para adiestrarlo en el gobierno, quizo que le acompañara, para aprovechar las relevantes cualidades que se advertían en el príncipe, imaginándose que podían llegar á esclarecidos resultados.

Después de algún tiempo, por evitar complicaciones y revueltas, resolvió mandarlo á Galicia.

Cinco años después fué llamado Witiza: presto llegó á Toledo para recibir la herencia que con tanto afán había cuidado su abuelo.

Falleció Egica el año 701 y á continuación fué ungido Witiza.

Refiere la tradición que pocas veces se ha visto la apertura de la época de un reinado con tan halagadores auspicios: comenzó el Rey protegiendo la inocencia, levantando proscripciones, y al levantarlas, hacía devolver los bienes confiscados, restituyendo cargos y honores, siendo á la vez justo, razonable y clemente.

Sin sentirlo, de pronto, pero con rapidez, fueron descendiendo estas cualidades en torpezas, hasta el mayor grado de incontinencia: la turba de insaciables aduladores de que siempre están rodeados los poderosos, había aniquilado las buenas intenciones del monarca y lo precipitaron en el descontento general. Así lo

comprendió él, y entonces promulgó leyes para que todos siguiesen su ejemplo, sobre todo el matrimonio de los eclesiásticos y la libertad de los judíos. Comprometiendo con esto el porvenir de la nación.

Como el desprestigio cundía, las personas de buenas costumbres presagiaron la ruina y comenzaron á retraerse y á hacer comentarios, en los cuales quedaban al relieve los desórdenes del Rey, y demostraban con enérgicas comparaciones la diferencia de la antigua dinastía.

No tardó esto en llegar á conocimiento de Witiza, y entonces temió verse derrocado en favor de los hijos de Chindasvinto; no se tomó el trabajo de disimularlo, y un día, por un fútil pretexto, dió un golpe con un bastón á Don Favila dejándolo muerto, y á Teodredo, hermano de Don Favila, le mandó sacar los ojos.

Don Pelayo, hijo de Don Favila, á la muerte de su padre se retiró á sus estados, y sabedor de que Witiza lo buscaba, marchó á Jerus alen en romería. En cuanto á Don Rodrigo, hijo de Teodredo, pasó á Roma, en donde estuvo refugiado en espera de mejores tiempos.

Witiza, al verse libre de los ilustres vástagos, descargó su encono en la antigua nobleza y ordenó el desarme en toda España por temor á la rebelión, sin pensar en que eso expeditaba el camino á los sarracenos, que ya hacía tiempo lo tenían intentado y lo habían puesto en práctica por las costas del Mediterráneo, pero fueron valerosamente rechazados, y desde entonces estaban á la mira de atacar en seguro.

Cuenta la tradición que en aquella vez había una noble dama en la ilustre villa de Valderas, la cual, diz que para obedecer las órdenes del desarme, enagenó gran parte de su hacienda y compró toda clase de armas que le vinieron al anuncio de la venta, y con grande ostentación hizo un gran destrozo de ellas para obedecer la real orden. Todos los que la vieron quedaron persuadidos de su obediencia; pero más tarde, cuando llegó Don Pelayo con los nobles defensores de las patrias libertades, armó un pequeño ejército con las armas que la nobilísima matrona supo reservar para la defensa del furor africano.

Causa sentimiento que la crónica de aquellos tiempos no conserve el nombre de aquella mujer que tuvo una acción tan noble como previsora.

Con estas determinaciones, al efectuarse el desarme quedaron desmanteladas todas las plazas del Reino, excepto tres, que se reservó para sí, fortificándolas con gente de su confianza.

Por primera vez se vió que en la Basílica de Toledo hubiera

dos Arzobispos, pues quizo el rey que su hermano Don Oppas, Arzobispo de Sevilla, estuviera en la iglesia de Toledo en compañía de Sinderedo.

Aquella vida de desórdenes iba, hacía tiempo, amenazando su próximo fin, y las ambiciones de propios y extraños se agitaban en torno del Rey, hasta que murió en el año de 711: entonces se desencadenaron las luchas.

Quedaron Eba y Sicebuto, sus hijos, que en compañía de sus parciales luchaban hacía tiempo con los adeptos de Don Rodrigo, que, con el apoyo de Constantino I, desde Roma dirigía sus operaciones; hasta que creyó necesaria su presencia llegó de incógnito á Córdoba antes que muriera su padre, á lo último del reinado de Witiza.

Era una tarde del mes de Junio, casi envuelta entre las sombras de la noche se destacaba entre los fulgores amatistas del sol poniente, Córdoba, la ciudad de los futuros Califas, la perla gótica de los mártires Hermenegildo é Ingunda.

La gente, arrullada por esos rumores del atardecer de un apacible día, inclinó místicamente la cabeza al escuchar el toque de la campana que dejó oír el *angelus*. Cuando se escuchó el último acento, con simultánea acción movióse la gente, unos recogiendo los enseres de sus faenas, y otros colocando los sombreros que piadosamente separaron de sus cabezas.

El palacio del Príncipe Teodefredo destacaba su inmensa mole sobre el ancho foso, que, inundado por las sombras que proyectaba el muro del edificio, parecían sus aguas de negra tinta. Muchos de los transeuntes al pasar se quitaban con respeto los sombreros, más por costumbre que por otra cosa; porque bien sabían que si alguna vez el real castellano se asomaba á alguno de los balcones del torreón que daba hacia el levante, era no más para oír el murmullo de los habitantes, ó para aspirar la brisa de aquella flora tropical, porque sabido habían que el actual rey Witiza le había mandado sacar los ojos.

En los momentos en que lo presentamos á nuestros lectores estaba asomado á una ojiva de las más bajas del torreón: su perfil aun se distinguía con precisión sobre el fondo obscuro del hueco de la puerta, como si fuera de mármol. Sobre su sobrevesta de terciopelo negro flotaban, á impulsos de la brisa, las guedejas de sus cabellos blancos como la nieve, y en su actitud demostraba claramente que esperaba con ansia.

El monarca.

Pronto lo invadieron todas las sombras de la noche; los curiosos se retiraron del foso, y entonces un pajecillo tomó al anciano del brazo y lo retiró suavemente de la ventana, y cerrando las puertas, todo quedó en silencio, sonaron estrepitosamente las cadenas al elevarse el puente, se bajó el rastrillo y se encendieron las luces.

Momentos después abrióse un postigo, y un escudero, llevando de las bridas un caballo, salió fuera, y saltando rápidamente sobre él le clavó las espuelas y el noble bruto se lanzó á través de la espléndida población, con una celeridad que puso espanto á los que lo vieron: pronto estuvo en la vega y, penetrando en aquella interminable selva de aloés, se internó con rumbo á la sierra.

En sepulcral silencio quedó sumergido el palacio, sólo la luz de los aposentos situados en el piso alto no se extinguió.

La noche promediaba cuando el rápido trote de una cabalgata se escuchó sin llamar la atención á la desvelada ciudad, que en aquella hora tenía el mismo rumor que al atardecer. Al ruido de los caballeros el agudo toque de una bocina se deslizó como el silvido de una serpiente; entonces uno de los caballeros, el que iba á la vanguardia, contestó con un graznido tan natural, que solamente conocieron el artificio los que resguardaban el palacio, porque destacándose varias sombras por distintas direcciones, se acercaron á nuestros viajeros y les fueron tomando las bridas de los caballos, y al bajarse los ginetes fueron penetrando al interior del palacio, después de dar un pequeño rodeo. Cuando el primer caballero penetró, luego cerró con presteza la puerta, y arrojando sobre el primer escudero que encontró á su paso un anchísimo manto parecido á la Toga Tavena, y desentendiéndose del homenaje que le tributaban los servidores que á uno y otro lado del ancho patio estaban formados, subió saltando de dos en dos los peldaños, y al terminar la escalera, en medio de un espléndido salón, lo esperaba el anciano que antes vimos en la ventana. El joven corrió hacia él y ambos se estrecharon con inmensa ternura; aun estaban el uno en brazos del otro cuando empezaron á llegar los caballeros que lo acompañaban, y sin hablar padre é hijo se condujeron al centro del salón en donde estaban dos siales sobre una plataforma: el joven sonreía emocionado y el anciano enjugada las lágrimas que brotaban de sus párpados. A una ligera seña se acercaron los caballeros y fueron saludando al anciano con el título de Príncipe y Duque de Córdoba. El joven, que era Don Rodrigo, futuro rey de los godos, iba á su vez nombrando á su padre los títulos y nombres de los recién llegados, cuando por el acento no los reconocía Teodefredo.

34339

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al fin acabaron aquellas ceremonias y entonces el duque, tomando la palabra, exclamó: hijo mío, llegas á tiempo para cellar mi tumba y para ver las convulsiones que pronto van á agitar á nuestra querida patria; el tirano está ya próximo á rendir cuentas al Ser Supremo; la muerte se cieme sobre nuestras cabezas y pronto tenemos que comparecer él y yo ante ese santo tribunal. Yo, aunque ageno á las intrigas, adivino lo que en vano me ocultas, y si el misterio con que te rodeas te ayuda para llevar á cabo lo que la crueldad del destino me negó á mí, habrás realizado el ideal de la justicia que nos asiste. Ya es tiempo de que la corona de los Recaredo cifa las sienas de sus ilustres vástagos: ¡vé, y arrebatada esa corona de la cabeza del tirano; librá á tu pueblo de la esclavitud; fortifica nuestras fronteras, porque los africanos están á las puertas de nuestros fuertes y sobre las armas en nuestras playas, en donde ya libres y con grandes franquicias están los judíos, esos terribles fanáticos que, además del cristiano anatema que pesa sobre ellos, se sabe bien que están en tratos con los moros, para traición y mengua de nuestra España..... salva á tu patria, hijo mío, sálvala, sálvala!

Al terminar estas palabras la voz se ahogó en su garganta y dirigió la cara, moviendo los párpados, al sitio que ocupaba Don Rodrigo.

No temas, señor, le contestó él: tantos años de humillaciones y destierro no pasan en vano; el linaje de los señores naturales de este reino sobrevive á despecho de Witiza; en estos momentos tal vez ya sepan que he regresado, y seguro es que vengan aquí á buscarnos; sabido eso, venimos á llevarte para que no seas por completo la víctima de ese hombre.

Nunca, contestó Teodefredo, en esta mansión donde he vivido sin ver la luz de la vida, llegaré presto á ver la luz de la eternidad. ¿Quién podrá defenderos? murmuró un joven llamado Ulrico.

Al cual contestó el anciano: Dios!..... la eternidad! Y si ésta tarda un poco más, tiene este palacio varias salidas para distintas direcciones.

Bien lo comprendemos, señor, contestó otro á quien decían Leandro, pero si os dejamos estará por voz con temor don Rodrigo.

Pero él, contestó el Duque, sabe que no saldré de estos muros, porque Pelayo vendrá aquí, á pesar de todo, pues él sabe cuánto lo quiero, y que el placer de verlo no lo cambio por ningún trabajo. Y á fe, contestaron otros de los caballeros, que su presencia ya es necesaria entre nosotros. Eba y Sicebuta, como hijos de Witiza,

son grandes adversarios, y Don Oppas, como prelado de alta alcurnia y hermano del Rey, forman con sus parciales un bando formidable.

En pláticas de esta naturaleza, y estudiadas combinaciones fueron fijando los futuros acontecimientos, y para el desempeño de dichas intrigas, señalaron á cada quien, quedando citados para su campo de operaciones, que era Toledo.

Cuando la luz de la aurora iluminó las blancas cimas de la sierra nevada y penetró por las ojivas del gótico salón de Teodefredo. Adelantó Don Rodrigo llevando de la diestra á su padre, y arrodillándose ante él, recibió la paterna bendición, y aquellos grandes cortesanos rindieron al noble ciego sus juramentos y homenaje como si fuera testa coronada. El opulento prócer, descendiente de tantos monarcas, recibió aquellas demostraciones con suma modestia y despidió á sus partidarios con sincera gratitud.

Después, el ruido de las cabalgaduras le iba indicando la despedida de todos los caballeros, y al recibir en su decrepita frente el beso de Don Rodrigo, algo terrible pasó en su alma, que lo dejó como petrificado en el sitio; quiso quedarse solo y largo rato después, cuando penetró el paje en el salón, estaba de rodillas y movía los labios con religioso fervor.

Algunos meses después todo seguía en su aparente calma en el palacio de Córdoba; pero un día, serían las once de la mañana, cuando el guardián que dormitando vigilaba la puerta principal, fué despertado por dos peregrinos que pedían limosna y solicitaban descansar.

En aquellos tiempos eran los peregrinos que llegaban de los Santos Lugares de Jerusalem, muy estimados, y todo el mundo cristiano se disputaba el honor de hospedarlos en su casa, por lo cual en palacio pronto cundió la noticia de su llegada y todos se pusieron en movimiento. El ruido de las voces distrajo al Duque de su meditación, y acercándose á la balaustrada escuchó á los dos romeros en el patio de armas, que eran el objeto de la curiosidad y de las atenciones de la servidumbre.

En tanto los pajes ya unos palpaban el hábito, otros limpiaban las conchas que llevaban en una pequeña esclavina que les caía sobre el pecho, otros sacudían el ancho sombrero y la crecida

barba que en hirsutos tirabuzones caía sobre su robusto cuello, y todos les besaban el hábito y las manos con regocijo: los sentaron en cómodas banquetas y en un ángulo del patio se rodearon de ellos.

El Duque, dominando su emoción, los escuchaba anhelante siguiendo la conversación que los peregrinos emprendieron con su servidumbre, porque creyó reconocer la voz de Don Pelayo, su sobrino, y temiendo engañarse, esperó.

Entre las preguntas dominó la voz del escudero Fortún que les decía: ¿Pero vuestros ojos vieron y vuestras manos tocaron la losa donde ungió el sagrado cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo?

Sí la tocamos, pero sólo una vez, contestó uno de los peregrinos, pues está cubierta con una plancha de mármol, porque los mahometanos tienen la creencia de que poniendo un mechón de sus cabellos sobre dicha piedra, serán siempre favorecidos por la divinidad, y también porque los peregrinos cristianos la desrozaban para llevar reliquias.

¿No dicen, agregó un pajecillo, que los mahometanos no tienen nuestra misma religión?

Peró todo el mundo sabe que Mahoma forjó su secta con una mezcla de las creencias cristianas con las de los judíos y la de su propia invención.

¿Y la iglesia del Santo Sepulcro en dónde queda?

A un extremo del monte Calvario, en el solar de José de Arimatea.

¿Y dónde se apareció Nuestro Señor Jesucristo á Santa María Magdalena?

Como á veinte pasos del Santo Sepulcro.

¿Y en la cumbre del Calvario qué hay?

Los templos que mandó construir el piadoso Constantino.

¿Pero en el lugar de la Santa Cruz?

Pues la oquedad en donde estuvo clavada, añadió sonriéndose el peregrino.

Toda la gente que estaba rodeada de los viajeros los escuchaba con una mística atención sin interrumpir al paje en sus repetidas preguntas, porque así cuadraba á su propia curiosidad.

El Duque, que ya estaba seguro de haber reconocido á los romeros, quiso dejar que la gente satisficiera su natural curiosidad, y entonces ordenó que subieran los peregrinos.

El romero que iba delante, al llegar cerca del Duque arrojó al suelo el cayado, y tomando entre sus manos la cabeza del anciano, como si fuera la de un niño, la besó en la frente y contempló

con tristeza aquellos ojos que dejaron vacíos las tenazas de Witiza; el anciano lo dejaba hacer, aquellas emociones eran muchas para sus exhaustas fuerzas. El otro peregrino se mantenía á respetuosa distancia, y el viejo Fortun y los pajes estaban avergonzados al haber reconocido á su señor, pero Don Pelayo, Duque de Aquitania ó Cantabria, que este era el romero, notó su perplejidad y con una senal cariñosa les mostró la salida.

Al día siguiente nadie hubiera reconocido en el opulento personaje que á todas horas estaba al lado del anciano, al mendigante romero. En los momentos en que lo presentamos á nuestros lectores, procuraba animar al Duque detallándole la grandiosa ciudad de Córdoba, la Andaluza engalanada con sus góticos palacios, sus templos cristianos, á los cuales servía de ornato una mezcla imperfecta, pero bellísima, de todos los estilos. Las calles estrechas, sus construcciones con ornatos estrambóticos que las continuas emigraciones dejaban en su tránsito; allá una torrecilla griega del tiempo de X; aquí una estatua que las galeras de los cartaginenses aportara de Samos ó de Chipre, ó como vestigio de la edad pagana; y en medio de todo esto el magnífico Guadalquivir, que se desliza como una serpiente de plata sobre el tapiz de cachemira que simula bella floresta.

De pronto lo interrumpió el anciano diciéndole: ¿No llega á tus oídos el galope de un caballo?

¡Oh! le contestó el joven, debe ser Remigio que ya regresa. Los ferrados cascos de un caballo resonaron en las baldosas, y el peregrino que ya conocemos, pero con traje de escudero, saltó del caballo, y dándole las riendas á un paje y llegando á donde estaba Don Pelayo, le entregó una moneda de oro con los nombres de Witiza y de Egica, y dos cabezas de rey con una cruz en medio y en la orilla una rotura que parecía hecha á golpe de cincel. Don Pelayo la tomó y dándosela al anciano esperó que éste hablara; cuando el Duque tuvo la moneda entre sus dedos, le dijo con solemne acento: Ya es tiempo, parte, hijo mío, y cuando hayas dado cima á nuestra empresa, ven á consolar, si es tiempo, mis últimos momentos; pero por ahora vuela á Toledo, porque las horas de vida que le quedan á Witiza están contadas; esta moneda es la contraseña que me anuncia que el tirano se halla en agonía.

Momentos después, impresionados por la dolorosa despedida, se alejaban á escape Don Pelayo y Remigio con rumbo á la imperial Toledo.